

Plaga de palomas

LOUISE ERDRICH



En 1911, un terrible crimen cambia la vida de varias familias residentes en Pluto (Dakota del Norte) y sus alrededores, una ciudad de población blanca en la frontera oeste de una reserva de indios chippewa. Los años pasan y los descendientes de los asesinos y de las víctimas se mezclan, casándose. Las nuevas generaciones con cruce de sangre crecen ignorando el pasado, pero poco a poco descubren que sus pasiones, destinos y secretos están irrevocablemente marcados por una historia de violencia e injusticia.

Un rico tapiz humano y una narración poderosa surgen mientras la elegante prosa de Erdrich arrastra a los lectores hacia el sorprendente final de esta espléndida novela.

Plaga de palomas

Un solo de violín

El arma se encasquilló en el último disparo y el bebé permaneció de pie, agarrado al borde de la cuna, berreando con los ojos desorbitados. El hombre se sentó en una butaca tapizada y empezó a desmontar el arma intentando averiguar por qué no había disparado. El llanto del niño le sacaba de quicio. Dejó el arma y miró a su alrededor en busca de un martillo; en su lugar descubrió un gramófono. Se acercó. Ya había un disco en el plato, de modo que dio vueltas a la manivela y bajó la aguja. Regresó a su butaca y reanudó el trabajo mientras la música inundaba la habitación. El bebé se calmó. Un celestial solo de violín a la mitad del disco hizo que el hombre se detuviese, con las piezas del arma entre las manos. Cuando la música acabó, se levantó, volvió a darle cuerda al gramófono y puso de nuevo el disco. Repitió aquella operación tres veces. El niño se durmió. El hombre reparó el arma y la bala se deslizó suavemente en la recámara. Lo comprobó varias veces, se levantó y se acercó a la cuna. El violín alcanzó un crescendo de una extraña armonía. Alzó el arma. El olor a sangre fresca impregnaba la habitación cerrada.

Evelina

Plaga de palomas

En el año 1896, mi tío abuelo, uno de los primeros sacerdotes católicos de sangre aborigen, convocó a sus feligreses para que acudieran a la iglesia de Saint Joseph con los escapularios puestos y provistos de un misal. Desde allí procederían a avanzar por los campos formando una larga y ancha fila, rezando en voz alta a cada paso con el objetivo de ahuyentar a las palomas. Su rebaño humano había empezado a labrar y cultivar la tierra junto a los colonos alemanes y noruegos. Al contrario de los franceses, que se mezclaron con mis antepasados, esa gente prestó escasa atención a las mujeres indígenas y no se casó con ellas. De hecho, los noruegos despreciaban a cualquiera que no fuera uno de los suyos y constituían un clan muy cerrado. Pero las palomas se comían sus cosechas igual que las de los demás.

Cuando los pájaros descendían, tanto los indios como los hombres blancos encendían enormes hogueras e intentaban atraparlos en unas redes. Las palomas se comían los brotes de trigo y de centeno y luego atacaban el maíz. Devoraban los capullos de las nuevas flores, los brotes de las manzanas, las gruesas hojas de los robles e incluso la paja del año anterior. Las palomas eran gordas, y ahumadas estaban deliciosas, pero se podía retorcer el cuello a miles de ellas sin que ello supusiera una disminución visible de su número. Las casas de adobe de los mestizos y las chozas de corteza de los indios osage acababan siendo aplastadas bajo el peso de las aves. Se asaban, quemaban, cocinaban en pasteles, guisaban, conservaban en salazón dentro de

toneles, o se mataban a palos y se dejaban pudrir ahí mismo. Pero las muertas sólo servían para alimentar a las vivas, y cada mañana los aldeanos se despertaban por los ruidos que producían la fricción y el aleteo, el rumor de los arrullos, el espantoso parloteo ronroneante y, aquellos que aún poseían las ventanas intactas, con la visión de los extraños y delicados rostros de esas criaturas.

Mi tío abuelo había construido apresuradamente unas rejillas de palos entrecruzados para proteger los cristales de lo que se llamaba, con gran pretensión, la casa del párroco. En un rincón de esa cabaña de una sola estancia, dormía en un catre hecho con ramas de abeto y un jergón relleno de hierba su hermano pequeño, a quien había salvado de una vida de excesiva libertad. Aquélla era la cama más mullida en la que se había echado nunca, y el muchacho no quería abandonarla por nada del mundo. Pero mi tío abuelo le lanzó la ropa de monaguillo y le mandó sacar brillo a los candelabros que tendría que llevar en la procesión.

Con el tiempo, ese muchacho se convertiría en el padre de mi madre, mi Mooshum. Le pusieron el nombre de Seraph Milk y, como vivió más de cien años, yo tendría unos once cuando le oía contar, una y otra vez, la historia del día más trascendental de su vida, que empezó con el intento de acabar con la plaga de palomas. Se sentaba en una silla de madera, entre el primer televisor que tuvimos y la estantería con libros empotrada en un pequeño hueco de la pared de nuestra casa, que era propiedad del Gobierno, en una parcela de la reserva de la Oficina de Asuntos Indios. Mooshum nos explicaba cómo podía oír el tableteo que hacían las patas de las palomas sobre las rejillas de palos fabricadas por su hermano. Le daba pavor ir al excusado, donde numerosos pájaros se habían quedado atrapados en el lodo bajo el agujero y soltaban un estridente y desesperado graznido que llevaba a sus congéneres a lanzarse contra la cabaña para intentar rescatarlos. Sin embargo, no se atrevía a aliviarse en ninguna otra parte. Así que, atrave-

sando ráfagas de alas y arrastrando los pies para no pisarles las patas o la espalda, se abría paso hasta el retrete para satisfacer sus necesidades fisiológicas con los ojos cerrados. Al marcharse, atrancaba bien la puerta para que no quedaran atrapadas más palomas.

Adornaba la peripecia del excusado —siempre lo primero en ese día trascendental— con el tipo de detalles que a mi hermano y a mí nos parecían interesantes. El retrete, que conocíamos muy bien a pesar de que ahora disponíamos de una instalación de cañerías, y el horror de la muerte de los pájaros bajo los excrementos, así como otros elementos del principio de la historia, cautivaban nuestra atención. Mooshum era nuestra diversión de interior preferida junto con la televisión. Pero nuestro padre había quitado los mandos del televisor y los había escondido. A pesar de nuestros incesantes esfuerzos, nunca los encontrábamos, por lo que acabamos pensando que los llevaba encima a todas horas. Así que escuchábamos a Mooshum. Mientras hablaba, permanecíamos sentados en sillas de cocina y nos trenzábamos el pelo. Nuestra madre le había dado un tarro de café rojo para que escupiera en él el tabaco de mascar. Llevaba una sencilla y desgastada ropa de trabajo verde de los almacenes Sears, un par de estropeadas botas marrones con cordones y una gorra de sarga, incluso dentro de casa. Sus ojos brillaban dentro de dos profundas hendiduras en su rostro. Le faltaba la parte superior de la oreja izquierda, lo que le daba un aspecto oblicuo. Tenía el cuerpo encorvado y la piel ajada, con pequeños mechones de pelo cano cayéndole por las orejas y la nuca. De vez en cuando, mientras hablaba, vislumbrábamos su desvencijada y sucia dentadura. Aun así, contaba la historia con tal convicción que no costaba nada imaginarle a la edad de doce años.

Su hermano mayor se vistió con sus mejores galas, una ropa de segunda mano procedente de una parroquia de Minneapolis. Puesto que era imposible conseguir incienso de verdad, había rellenado el incensario con bolas de salvia

seca enrollada. En la cabaña había una bomba de agua de hierro y un lavabo; el hermano o medio hermano de Mooshum, el padre Severine Milk, mojó un peine y peinó hacia atrás su pelo negro y, a continuación, el de su hermano pequeño. La iglesia consistía en una amplia cabaña al otro lado del patio, al que, desde hacía más de una hora, iban llegando numerosas carretas. La gente se hallaba ahora en el interior del templo y el patio estaba atestado de carros aparcados, cada uno de ellos con uno o dos perros atados en el pescante para ahuyentar a los pájaros y evitar que sus excrementos cayeran en el heno amontonado donde se sentaban los parroquianos. El continuo vaivén de las aves ponía nerviosos a algunos caballos. Muchos animales llevaban anteojeras y ramos de manzanilla atados al arnés para calmarlos. Cuando nuestro Mooshum atravesó el patio, se fijó en que el tejado de la iglesia estaba cubierto de pájaros que una y otra vez, como si de un juego se tratara, alzaban el vuelo y caían en picado hasta derribar a algún pájaro de la santa cruz, que identificaba la cabaña como una iglesia, para ocupar su lugar hasta que otro le echara a su vez de la cruz. Mi tío abuelo era un hombre enjuto y huraño, de más de un metro ochenta de estatura, con una voz nerviosa que resonó por encima de la fuerte algarabía mientras intentaba poner orden entre los feligreses. Los dos hermanos se hallaban en el centro de la fila y, rodeados por los fieles a ambos lados, se abrieron paso lentamente ladera abajo hasta el primero de los campos que esperaban despejar.

Era un día gris, con un cielo muy cubierto. El aire resultaba opresivo, y las acres nubes de humo de salvia flotaban alrededor del incensario metálico que se balanceaba al final de la cadena en todas las direcciones. La gente avanzaba deprisa. Sin embargo, en el primer campo, las palomas abarrotaban de tal manera el suelo que se produjo un gran revuelo entre las mujeres, que no podían seguir sin arrastrar las aves en sus faldas. Atemorizados, los pájaros se enredaban solos en las ropas. La fila se detuvo de repente cuando,

ante los ojos de nuestro Mooshum, las mujeres estallaron en un baile frenético; cada una daba vueltas a su manera, golpeaba el suelo con los pies al compás y sacudía su falda. La danza resultaba tan vehemente que todas las aves a su alrededor echaron a volar, asustando a su vez a otros pájaros, de modo que en cuestión de segundos todo el campo y el bosque próximos se habían convertido en un torbellino de pájaros que graznaban y atacaban a las personas, que no obstante se mantenían firmes con sus misales abiertos sobre la cabeza. Las mujeres renunciaron a todo pudor, se anudaron las faldas a la altura de los muslos, extendieron las manos con sus rosarios o escapularios y continuaron avanzando. Empezaron a entonar un avemaría al viento del batir de alas. Mooshum, que rara vez había visto los miembros inferiores de una mujer, aprovechó que su hermano luchaba por mantener el incensario encendido y se quedó rezagado. Se deleitó en admirar las piernas morenas, redondas y desnudas de las mujeres mientras avanzaban; bajó el candelabro, que no llevaba velas pero que su hermano le había dado para protegerse la cara. Al instante un pájaro caído del cielo le golpeó la frente con tanta fuerza que parecía haber sido enviado directamente por la mano de Dios para fustigarle y cegarle antes de que llevara más lejos su pecado de lascivia.

En ese punto del relato, Mooshum se ponía tan nervioso que a menudo representaba la escena del pájaro golpeándole y, para nuestro gozo, se arrojaba al suelo. Escenificaba su desplome, luego abría los ojos, levantaba la cabeza y miraba al vacío, donde todavía podía contemplar con claridad la visión del Espíritu Santo, que no se le aparecía bajo la forma de un pájaro blanco en medio de las palomas pardas, sino encarnado en el cuerpo terrenal de una muchacha.

Nuestra familia siempre ha conservado una cierta reputación histórica en lo referente a encuentros románticos e inmortales. Incluso mi padre, un profesor de ciencias de as-

pecto tranquilo, atravesó indemne la Segunda Guerra Mundial gracias a una sola mirada esperanzadora de mi madre. Y su hermana, la tía Geraldine, alcanzada por la sonrisa de un joven que viajaba en un tren de pasajeros, alzó la mano desde la zanja en la que se hallaba recogiendo bayas y no pudo ver la mano que le devolvía el saludo. Pero algo hizo que permaneciera allí recogiendo bayas hasta el anochecer, que pasara allí toda la noche y esperara otro día entero, tranquilamente sentada en su taburete plegable, hasta que el hombre regresó caminando hasta ella desde la estación, cien kilómetros más allá. Mi tío Whitey cortejaba a la princesa india de la tribu Haskell, que se cortó las trenzas y se las regaló la noche en que murió de tuberculosis. En su honor, permaneció soltero hasta cumplidos los cincuenta años, cuando desposó a una *stripper* de pueblo. Agathe, o «Feliz», la prima de mi madre, colgó los hábitos por un cura y nunca más se supo de ella. Mi hermano Joseph entró en una comuna en un arrebato. Jack, el primo segundo de mi padre, secuestró a su propia esposa y empleó el dinero del rescate en mantener a su amante en Fargo. Despechado por una mujer, Octave Harp, tío de mi padre, consiguió ahogarse en tres palmas de agua. Y así sucesivamente. Estas historias de encuentros extravagantes contrastaban con la modestia de los posteriores matrimonios y oficios de mis familiares, al igual que en el caso de mi padre. Somos una tribu de oficinistas, cajeros de banca, lectores de libros y burócratas. El más alocado de todos nosotros (Whitey) es cocinero de comida rápida, y el más heroico (mi padre) es profesor. Sin embargo, creo que este continuo flujo de dramas ha mantenido unidas a las diversas generaciones, y mi hermano y yo no sólo escuchábamos a Mooshum por el suspense de su relato, sino para encontrar las claves que nos permitirían comportarnos adecuadamente cuando llegase nuestro momento de revelación, o quizá nuestra prueba romántica.

El millón de nombres

En realidad, yo pensaba que la mía probablemente ya había tenido lugar, pues incluso mientras escuchaba a Mooshum, sentada allí, mis dedos deletreaban reiteradamente el nombre de mi amado en mi brazo, en mi mano o en mi rodilla. Pensaba que si escribía su nombre un millón de veces, él me besaría. Sabía que me quería y él estaba seguro de que yo le correspondía, pero estudiábamos en una escuela primaria católica, apostólica y romana a mediados de los años sesenta, y los chicos y las chicas que se enamoraban apenas se hablaban y jamás se tocaban. Jugábamos juntos al *softball* y al *kickball* y nos comunicábamos por medio de otros niños ávidos de entregar nuestros mensajes. Había copiado una serie de declaraciones de amor de segunda mano en mi diminuto diario de piel de leopardo con cerradura dorada. Escondía la llave en el pomo hueco del armazón de mi cama. Había escrito además, en la cara interior del armario, el nombre de mi amado con la sangre que había brotado tras rascarme una picadura de mosquito. Su nombre tenía para mí el sonido sagrado de aquellas palabras del Antiguo Testamento escritas a fuego por una mano invisible. *Mene, mene, tekel, uparsin*. No podía pronunciar su nombre en voz alta. Sólo podía escribirlo con los dedos en mi piel sin cesar, hasta que mi madre temió que tuviera piojos, me llenó el pelo de mayonesa, me cubrió la cabeza con un gorro de ducha y me mandó sentarme en la bañera mientras la llenaba de agua lo más caliente que yo podía soportar.

El cuarto de baño, la bañera, las cañerías: todo era nuevo. Como mis padres trabajaban para el colegio y en las oficinas tribales, nos conectaron a la red general de aguas. Cerré la puerta del cuarto de baño con llave, comprobé la temperatura del agua con el dedo gordo del pie y decidí incrementar el número total de nombres escritos en varias centenas. No tenía nada mejor que hacer. Mientras escribía, descubrí partes de mi cuerpo que cambiaban y se excitaban ante la repetición de esas letras, y sin tener la menor

idea de lo que estaba haciendo, me regalé una sucesión de orgasmos alfabéticos de una intensidad y una delicadeza tan escandalosas que, sin duda, la mayonesa debió de derretirse en mi cabeza. Entonces dejé de escribir sobre mi cuerpo. Estaba convencida de que había alcanzado el millón y no me atrevía a repetirlo otra vez.

Por esa misma época más o menos, celebramos el Miércoles de Ceniza y me recordaron que no era más que polvo y en polvo me convertiría en cuanto la vida acabara conmigo. Mi cuerpo, cubierto por completo con la escritura del nombre sagrado de Corwin Peace (ahora ya puedo decirlo), no era más que una superficie temporal, tan efímera como el hielo, y pronto se marchitaría como una hoja seca. Como siempre, empezamos la cuaresma advertidos de nuestra transitoriedad y conscientes de que nuestra ansia de caramelos o galletas saladas, o lo que quiera que fuese a lo que habíamos renunciado, no eran más que antojos ilusorios. Sólo el hambre del espíritu era real. Fue una suerte para mí no darme cuenta de que escribir el nombre de mi enamorado sobre mi cuerpo había sido un acto impuro, de modo que, a mi juicio, lo único que debía expiar era mi colaboración en el descubrimiento que había hecho mi hermano: los alicates de la caja de herramientas funcionaban con el televisor tan bien como los mandos. En cuanto mis padres se marchaban de casa, podíamos ver *Los tres chiflados*, nuestro programa favorito y el de Mooshum, que a mis padres les parecía horroroso. Y no fue hasta el Domingo de Ramos cuando mi padre se presentó en casa después de hacer un recado, colocó la mano en la superficie caliente del televisor y, a continuación, nos dirigió una mirada llena de recelo que sin duda tenían sus alumnos. Pronto nos sonsacó la verdad. Los alicates fueron escondidos y la historia de Mooshum se reanudó.

Una aparición

La muchacha que se convertiría en mi abuela se había quedado rezagada detrás de las demás mujeres en el cam-

po, porque le daba demasiada vergüenza anudarse las faldas. Se llamaba Junesse. Descubrió que el truco residía en caminar muy despacio para que las aves tuviesen tiempo de apartarse a un lado educadamente y no levantar el vuelo espantadas. Junesse llevaba un vestido de comunión largo y blanco, compuesto por varias capas de vaporosa muselina. Había insistido en ponerse ese vestido y la tía que la cuidaba acabó agotada ante su terquedad y accedió, si bien la amenazó con darle una buena paliza si regresaba con el menor rasguño o mancha. Además del pudor, esa amenaza disuadió a Junesse de unirse a aquel baile frenético con una falda repleta de pájaros. Pero ahora, en su intento de reanimar al portador del candelabro que se había caído, tal vez forzara su destino en el mundo al arrodillarse en un charco de excrementos de pájaro y después lo sellara al utilizar la faja que llevaba para limpiar la sangre de la frente de Mooshum y de su oreja, que, según nos contó, las palomas habían picoteado a conciencia mientras yacía sin conocimiento. Y entonces él despertó.

¡Y ahí estaba ella! Mooshum hizo una pausa en su relato. Abrió las manos y frunció las infinitas arrugas de su rostro para dibujar una máscara de insuperable felicidad. Había una foto de ella de aquella época aunque un poco más tarde, y era preciosa. Llevaba un lazo blanco en su cabellera negra. Su vestido blanco tenía un florido corpiño, bordado con pétalos blancos y hojas del mismo color. Tenía la piel clara y opaca y los ojos negros y rasgados de las mujeres metis o michif, las cuales habían motivado que el obispo de esa diócesis enviara una advertencia a sus párrocos, recomendándoles que rezaran mucho en presencia de mujeres mestizas y que recordaran que, aunque lucían un aspecto extremadamente claro, sus corazones eran salvajes y permeables. El diablo entraba y salía de ellas a su antojo. Por supuesto, Junesse Malaterre era inocente, pero también tenía una mente muy astuta. Su apellido, que provenía de algún viajero francés, describía las grietas y los surcos de una

roca impía, los valles estériles, los riscos con estrías y la configuración laberíntica de piedra rosa, gris, canela y violeta que caracterizaba las tierras baldías de Dakota del Norte. Y hasta ese lugar se encaminaron finalmente Mooshum y Junesse.

«Nos miramos a los ojos y nos vimos el alma», así fue como lo expresó Mooshum con su suave acento de la vieja reserva.

Se produjo un silencio entre los tres mientras transcurría la escena. Mooshum veía lo que describía. No puedo imaginar lo que veía mi hermano: después de su experiencia en la comuna pareció inmune a todo romance durante mucho tiempo. Se convirtió en profesor de ciencias, como nuestro padre, y tras un leve accidente de coche sin importancia se acomodó en una aburrida pero feliz rutina con su asesor de seguros. Yo vi a dos seres humanos: un muchacho conmocionado y con el gesto contrito, y una muchacha de blanco arrodillada sobre él, apretando en la mano con elegancia la faja de su vestido y apoyando la compresa en la herida de la cabeza del joven para contener la hemorragia. Más importante aún, imaginé su mirada cómplice y oscura. El Espíritu Santo planeó sobre ellos. La faja se tornó roja. La sangre desafió la ley de la gravedad y subió por el brazo de la muchacha. Entonces la joven abrió la boca. ¿Se besaron? No me atrevía a preguntárselo a Mooshum. Tal vez sonrió. No tuvo tiempo, sin embargo, de escribir su nombre en su propio cuerpo ni una sola vez, y además ni siquiera sabía su nombre. Se veían el alma, por lo tanto los nombres eran irrelevantes. Escaparon juntos, contó Mooshum, antes de que a ninguno de los dos se le ocurriera preguntarle su nombre al otro. Y ambos decidieron no tener nombre por un tiempo: lo único que importaba era que se habían fugado, habían soltado sus ataduras y cortado los arneses que sus familias ya habían tensado.

Junesse escapó de la segura paliza de su tía y del tedioso y sempiterno trabajo que suponía cuidar de seis primos